
Hacia una historia mexicana de las ideas

Complejo, contradictorio y siempre peculiar, el pasado mexicano posee una estimulante seducción. Si para nosotros la interrogación sobre la historia del país ha adquirido la forma de la obsesión, del permanente y angustioso ejercicio por revelar nuestra propia trayectoria y esencia, para los extranjeros la indagación histórica ha sido un excelente motivo para expresar su interés y simpatía por México.

Profesor universitario e investigador acucioso, David Brading se ha destacado, entre los generosos extranjeros, por su ininterrumpido estudio del pasado mexicano. Conocido en los medios académicos por sus libros *Los orígenes del nacionalismo mexicano* y *Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810)*, el historiador inglés ha publicado últimamente, en la Editorial Vuelta de reciente creación, un libro misceláneo titulado *Mito y profecía en la historia de México*. Este volumen reúne reseñas, conferencias y esbozos preliminares de trabajos más amplios cuyos variados temas recorren desde el hecho de la conquista hasta el acontecimiento más próximo de la Revolución. Más que en los anteriores, en este nuevo libro, su admirable erudición y su dilatada curiosidad se desenvuelven en un campo múltiple que abarca varios siglos de nuestra historia.

Pese a su aparente dispersión, a los textos que componen este libro los unifica el propósito común de “trazar un mapa del paisaje de la historia intelectual mexicana por medio de una comparación con el movimiento de ideas de Europa y de otras partes de Hispanoamérica”. La premisa es aquí que México debería enfocarse como parte integrante del mundo occidental, sujeto en gran parte al mismo conjunto de ideas que afectó a la propia España, o de hecho a Rusia y a los Estados Unidos. Al mismo tiempo, la perspectiva europea pone de relieve la aplicación muchas veces idiosincrática de ideas conocidas a la circunstancia particular de México.

De acuerdo a lo anterior, la mayor parte de la historia nacional “ha sido una dependencia cultural de Europa”; no obstante, afirma Brading, precisamente del per-

manente contacto del país con el mundo deriva “la marcada originalidad de la tradición política mexicana”. La apropiación de las corrientes de pensamiento, de las ideas y las ideologías occidentales, hizo posible en el pasado la orientación del curso nacional, la creación de mitos políticos y fundadores y la vigorosa acción cultural; todo lo cual, en conjunto, ha otorgado peculiaridad a la tradición y a la trayectoria nacionales.

En el ensayo con el que abre el libro (“San Agustín y América”) el autor se ocupa de la ambigüedad de la actuación de Bartolomé de Las Casas durante la conquista espiritual del Nuevo Mundo. Las conclusiones son desconcertantes: portador de la cara amable de la colonización española por su protección a los indígenas, Las Casas, sin embargo, fue un promotor de la monarquía, un “arquitecto del absolutismo real”, al alentar la intervención de la corona en las Indias para ejecutar la voluntad divina.

Los interludios a este primer ensayo se dedican a destacar la vitalidad de una cultura tantas veces desdeñada, la cultura novohispana, con unas breves reflexiones sobre la Virgen de Guadalupe y la arquitectura religiosa del siglo XVIII. Mito fundador, el culto de la Guadalupana debe ser visto, según el autor, más como “el nacimiento de la Iglesia mexicana” que como “el símbolo central y unificador de la nacionalidad mexicana”, ya que, si bien fue un símbolo de la insurgencia, no constituyó la base cultural principal en la construcción liberal del Estado nacional en el siglo XIX. A esta devoción religiosa le acompañó “el extraordinario florecimiento de la arquitectura churrigresca”; ambas manifestaciones culturales desmienten “toda interpretación del siglo XVIII mexicano como una simple absorción pasiva de las corrientes del pensamiento ilustrado.”

En la parte medular del libro, Brading examina tres momentos distintos del pensamiento nacionalista mexicano: el patriotismo criollo, el patriotismo liberal y el nacionalismo revolucionario. La primera formulación del pensamiento nacionalista fue el patriotismo criollo. Motivadora directa de la rebelión colonial, la ideología criolla contuvo asimismo la búsqueda de una identidad social por parte de los españoles americanos y, por eso mismo, se transformó en un nacionalismo primigenio, en una exaltación de la originalidad y grandeza de la patria mexicana. No es sino hasta la época de la Reforma cuando la idea de la patria criolla se redefine con la idea de la república federal. Entonces, las ideas europeas del republicanismo clásico —la convicción de que los hombres sólo encuentran realización como ciudadanos de una república libre—, se expresan en el nacionalismo liberal que considera a la idea de nación como un programa de cohesión interna.

El libro finaliza con la exposición contrastante de la obra de dos intelectuales que influyeron en el curso político de la Revolución: Andrés Molina Enríquez, definido como darwinista social, quien formuló un estudio crítico de la sociedad y el Estado mexicanos; y José Vasconcelos, idealista romántico y “rey filósofo al que se le ha negado su trono terrenal”, quien hizo posible que la Revolución contara con un renacimiento cultural. Su contribución al pensamiento nacionalista los identifica: ambos advirtieron de la creciente hegemonía cultural y económica de los Estados Unidos y encontraron en el mestizaje el fundamento de la nacionalidad mexicana.

Incurción en el pasado mexicano mediante el estudio de las ideas, mitos e ideologías, de su aparición y difusión, *Mito y profecía en la historia de México* de David Brading contribuye, desde la perspectiva de la historia intelectual y de las ideas, a renovar e impulsar la apreciación de la historia nacional.

David Brading: *Mito y profecía en la historia de México*, México, Editorial Vuelta, 1988, 210 pp.

Antonio Bautista